



Escribo esto sentada en el fregadero de la cocina. Es decir, tengo los pies dentro; yo estoy en el escurrerplatos, que he cubierto con la manta de nuestra perra y la cubretetera. No puedo decir que esté muy cómoda y, además, la peste a jabón carbólico es deprimente, pero es la única parte de la cocina en la que queda algo de luz natural. Y he descubierto que sentarse donde una no se ha sentado antes puede resultar inspirador: mi mejor poema lo escribí sentada en el gallinero. Aunque tampoco es que sea muy bueno. He llegado a la conclusión de que mi poesía es tan mala que no voy a volver a escribir ni un verso.

Las goteras del tejado repiquetea en el bidón junto a la puerta trasera. La vista desde las ventanas sobre el fregadero no podría ser más desoladora. Por detrás del jardín del patio empantanado se elevan los muros en ruinas que bordean el foso. Más allá del foso, los encharcados campos de labranza se extienden hasta juntarse con el cielo plumizo. Me digo que toda la lluvia de estos últimos días es buena para la naturaleza y que en cualquier momento la primavera surgirá sobre nosotros. Trato de imaginar las hojas en los árboles y el patio inundado de luz. Pero, por desgracia, cuanto más verde y oro veo en mi mente, más desprovisto de color parece el crepúsculo.

Es reconfortante apartar la vista de las ventanas y volverla al fuego de la cocina, al lado del cual está planchando mi hermana Rose..., aunque es evidente que no puede ver bien, y será una lástima

que queme su único camión. (Yo tengo dos, pero a uno le falta la parte trasera). Rose está especialmente guapa a la luz del fuego porque es de piel sonrosada, con un tono dorado leve y etéreo. Aunque estoy bastante acostumbrada a verla, sé que es una belleza. Tiene casi veintiún años y está muy amargada con la vida. Yo, a los diecisiete, parezco más joven y me siento más vieja. No soy una belleza, pero tengo un rostro correcto.

Acabo de comentarle a Rose que nuestra situación en realidad es bastante romántica: dos chicas en esta casa extraña y solitaria. Me ha respondido que no ve nada de romántico en estar encerrada en unas ruinas y rodeada de un océano de barro. Debo admitir que nuestro hogar es un lugar poco razonable para vivir. Aun así, a mí me encanta. La casa como tal se construyó en tiempos de Carlos II, pero Cromwell le provocó bastantes daños. Todo el muro este formaba parte del castillo; en él se encuentran dos torres redondas. La barbacana está intacta y un tramo de la antigua muralla, en toda su altura, la une a la casa. Y la torre de Belmotte, lo único que queda de un castillo aún más antiguo, sigue erigida en un montículo cercano. Pero no voy a intentar describir nuestro peculiar hogar por completo hasta que vea que dispongo de más tiempo del que tengo ahora.

Escribo este diario en parte para practicar mi recién adquirida escritura rápida y en parte para aprender a escribir una novela por mí misma: pretendo capturar nuestras personalidades y plasmarlas en conversaciones. Debería ser bueno para mi estilo avanzar sin pensar mucho, pues hasta ahora mis historias han sido demasiado rígidas y autoconscientes. La única vez que padre me hizo el favor de leer una, dijo que combinaba la solemnidad con un esfuerzo desesperado por ser graciosa. Me recomendó que me relajara y dejase fluir las palabras.

Ojalá supiera cómo lograr que las deje fluir él. Hace muchos años escribió un libro muy peculiar llamado *Jacob en lucha*, una mezcla de ficción, filosofía y poesía. Tuvo un gran éxito, sobre todo en Estados Unidos, donde padre ganó una fortuna impartiendo conferencias

sobre él, y parecía que iba a convertirse en un escritor muy importante. Pero entonces dejó de escribir. Madre creía que se debió a algo que pasó cuando yo tenía unos cinco años.

En aquella época vivíamos en una casita junto al mar. Padre acababa de volver después de su segunda gira de conferencias por Estados Unidos. Una tarde, mientras tomábamos el té en el jardín, tuvo la desgracia de perder los estribos con madre de una forma muy escandalosa cuando estaba a punto de cortar un trozo de tarta. Blandió el cuchillo pastelero frente a ella con ademán tan amenazante que un vecino entrometido saltó la valla del jardín para intervenir y terminó en el suelo de un puñetazo. Durante el juicio, padre explicó que matar a una mujer con nuestro cuchillo pastelero de plata habría resultado largo y tedioso, pues habría supuesto aserrarla hasta la muerte, y lo exculparon por completo de cualquier intención de acabar con ella. Por lo visto, el incidente en su conjunto debió de ser bastante ridículo, y todos salvo el vecino le vieron la gracia. Pero padre cometió el error de verle más gracia que el juez y, como no había dudas sobre la gravedad de las lesiones al vecino, lo mandaron tres meses a la cárcel.

Cuando salió era un hombre tan agradable como siempre, o más, dado que tenía mucho mejor talante. Por lo demás, no parecía haber cambiado en absoluto. Pero Rose recuerda que ya había empezado a volverse poco sociable; fue entonces cuando arrendó el castillo por un periodo de cuarenta años, un lugar idóneo para renunciar a toda sociabilidad. Una vez instalados aquí, se suponía que iba a empezar un nuevo libro. Pero el tiempo fue pasando sin que esto sucediera y, al final, nos dimos cuenta de que había abandonado hasta las intenciones de escribir; ya hace años que se niega a discutir la posibilidad. Se pasa la vida en la sala de guardia de la barbacana que, como no tiene chimenea, está helada en invierno; él tan solo se acurruca junto a un radiador de aceite. Que sepamos, no hace más que leer novelas de detectives de la biblioteca del pueblo. Se las trae la señorita Marcy, que es la bibliotecaria

y maestra. Lo admira mucho y dice que «el hierro se ha adentrado en su alma».

Yo no veo cómo el hierro puede adentrarse mucho en el alma de un hombre durante solo tres meses en la cárcel, al menos si ese hombre tiene tanta vitalidad como padre y, cuando lo soltaron, parecía que le quedaba de sobra. Pero ahora se ha esfumado y su falta de sociabilidad se ha vuelto casi una enfermedad: a menudo creo que preferiría no tener contacto ni siquiera con su propia familia. Toda su alegría natural se ha desvanecido. A veces finge una jovialidad que me avergüenza, pero normalmente está o taciturno o irritable: creo que preferiría que perdiera los estribos como hacía antes. Ay, pobre padre, de verdad que es patético. Al menos podría hacer algo en el jardín. Soy consciente de que no estoy pintando un retrato justo de él. Ya lo describiré más tarde.

Madre murió hace ocho años por causas del todo naturales. Creo que debió de ser una persona misteriosa, porque apenas guardo de ella un vago recuerdo, y eso que tengo una memoria excelente para la mayoría de las cosas. (Me acuerdo muy bien del incidente del cuchillo pastelero: cuando el vecino ya estaba en el suelo, le pegué con mi pequeña pala de madera. Padre siempre dice que aquello le costó un mes más).

Hace tres años (¿o son cuatro?, sé que el único arrebató de sociabilidad de padre tuvo lugar en 1931), nos presentó a nuestra madrastra. Fue toda una sorpresa. Se trata de una famosa modelo de artistas y afirma que la bautizaron como Topaz: aunque fuera cierto, no hay ley que obligue a una mujer a cargar con semejante nombre. Es muy guapa, tiene una melena tan clara que es casi blanca y una palidez extraordinaria. No usa maquillaje, ni siquiera polvos. Hay dos retratos suyos en la Tate Gallery: uno de Macmorris, titulado *Topaz con jade*, en el que lleva un magnífico collar de jade, y otro de H. J. Allardy, que la muestra desnuda sobre un viejo sofá cubierto de crines de caballo que, según ella, pinchaban. Ese se llama *Composición*, pero, como Allardy la pintó aún más pálida de lo que es, le iría mejor *Descomposición*.

La verdad es que la palidez de Topaz no tiene nada de enfermiza, tan solo hace que parezca que pertenece a una nueva raza. Tiene una voz muy grave, o más bien la pone así: forma parte de cierta pose artística, igual que la pintura y el laúd. Pero su amabilidad sí es auténtica, al igual que su cocina. Yo le tengo muchísimo cariño. Es bonito haber escrito esto justo cuando aparece por las escaleras de la cocina. Lleva puesta su vieja bata de té naranja. El pelo claro y liso le cae hasta la cintura. Se ha detenido en el escalón superior y ha dicho: «Ah, chicas...», con tres aterciopeladas inflexiones en cada palabra.

Ahora está sentada en las trébedes de acero, atizando el fuego. La luz rosada hace que parezca más normal, pero muy bella. Tiene veintinueve años y tuvo dos maridos antes que padre (nunca nos cuenta demasiado sobre ellos), pero sigue aparentando una extraordinaria juventud. Tal vez sea por lo imperturbable de su expresión.

La estancia ahora está muy bonita. La luz del fuego brilla constante a través de las rejillas de la cocina y el orificio redondo de arriba, ya que la tapa está quitada. Tiñe de rosa las paredes encaladas; hasta las vigas oscuras del techo adoptan un tono dorado parduzco. La más alta queda a más de nueve metros del suelo. Rose y Topaz son dos minúsculas figuras en el interior de una gran caverna resplandeciente.

Rose se encuentra sentada en la rejilla protectora, esperando a que la plancha se caliente. Observa a Topaz con expresión insatisfecha. A menudo sé lo que Rose está pensando y me apostaría algo a que envidia la bata naranja de Topaz y detesta la blusa y la falda, pequeñas y viejas, que ella lleva. La pobre Rose odia la mayoría de las cosas que posee y envidia la mayoría de las que no. La verdad es que yo también estoy insatisfecha, pero me parece que no lo noto tanto. En este instante me siento feliz de un modo bastante ilógico, viéndolas a las dos; sé que puedo ir y unirme con ellas al calor, aunque sigo aquí al frío.

¡Vaya por Dios, acaba de producirse un pequeño altercado! Rose le ha pedido a Topaz que vaya a Londres y gane algo de dinero.

Topaz ha respondido que no cree que merezca la pena, porque vivir allí es muy caro. Tiene razón en que nunca consigue ahorrar más que para comprarnos algún que otro regalo... Es muy generosa.

—Además, dos de los hombres para quienes hago de modelo se encuentran en el extranjero —añadió—, y no me gusta trabajar para Macmorris.

—¿Por qué no? —preguntó Rose—. Paga mejor que los demás, ¿no?

—Más le vale, teniendo en cuenta lo rico que es —respondió Topaz—. Pero no me gusta posar para él porque solo me pinta la cabeza. Tu padre dice que los hombres que me pintan desnuda, pintan mi cuerpo y piensan en su trabajo, pero que Macmorris pinta mi cabeza y piensa en mi cuerpo. Y es muy cierto. He tenido más problemas con él de los que querría que tu padre se enterase.

—Y yo que creía que merecía la pena tener algún pequeño problema a cambio de ganar dinero de verdad —replicó Rose.

—Pues hazlo tú, querida —respondió Topaz.

Esto debió de molestar mucho a Rose, visto que jamás tiene la menor oportunidad de sufrir ese tipo de problemas. De repente echó la cabeza hacia atrás con dramatismo y dijo:

—Estoy más que dispuesta a ello. Puede que os interese saber a las dos que llevo un tiempo pensando en venderme. Dadas las circunstancias, tendré que hacer la calle.

Yo le dije que no podría hacer la calle en lo profundo de Suffolk.

—Pero si Topaz tiene la amabilidad de prestarme el dinero para ir a Londres y me da un par de consejos...

Topaz dijo que jamás había hecho la calle y que, a decir verdad, se arrepentía bastante, «porque una debe hundirse en lo más profundo antes de elevarse a lo más alto», que es el tipo de salidas de tono que requieren un gran afecto para poder tolerárselas.

—Y, de todas formas —dijo dirigiéndose a Rose—, eres la última chica que llevaría una vida de duro trabajo inmoral. Si realmente te

atrae la idea de venderte, más te valdría buscar a un hombre rico y casarte con él de forma respetable.

Es una idea que, por supuesto, a Rose ya se le ha pasado por la cabeza, pero siempre ha confiado en que el hombre sería, además, atractivo, romántico y digno de amor. Supongo que fue la pura desesperación de no conocer jamás a hombres casaderos, aunque fueran horriblos e indigentes, lo que hizo que rompiera a llorar. Como solo llora más o menos una vez al año, debería haber ido a consolarla, pero quería dejarlo todo por escrito aquí. Empiezo a entender la propensión de los escritores a volverse insensibles.

En cualquier caso, Topaz la consoló mucho mejor que como lo habría hecho yo, ya que nunca estoy dispuesta a estrechar a nadie contra mi pecho. Se mostró de lo más maternal al dejar que Rose le llenase de lágrimas la bata de terciopelo naranja, que ha sufrido numerosos contratiempos a lo largo de su vida. Rose ya se enfurecerá consigo misma más tarde, pues tiene una desagradable disposición a despreciar a nuestra madrastra, pero de momento son muy amigas. Ahora está retirando la ropa planchada haciendo mohines, y Topaz pone la mesa para el té al tiempo que traza planes impracticables para ganar dinero, como dar un concierto de laúd en el pueblo o comprar un cerdo a plazos.

Me he unido a ellas para descansar la mano, pero no he dicho nada de especial relevancia.

Está lloviendo otra vez. Stephen viene por el patio. Lleva viviendo con nosotros desde que era pequeño: su madre fue nuestra doncella, en los tiempos en que todavía nos podíamos permitir una, y cuando murió no tenía adónde ir. Nos cultiva verduras, cuida de las gallinas y hace un millar de trabajillos: no sé cómo sobreviviríamos sin él. Ahora, a los dieciocho, es muy guapo, de aspecto noble, aunque su expresión es algo bobalicona. Siempre ha estado un poco prendado de mí; padre lo llama mi «galán». Se parece bastante a como imagino a Silvio en *Como gustéis*, pero yo no me parezco en nada a Febe.

Stephen ya está aquí. Lo primero que hizo al llegar fue encender una vela y fijarla en el alféizar de la ventana junto a mí, diciendo:

—Se va a estropear la vista, señorita Cassandra.

Entonces dejó caer un pedazo de papel muy doblado sobre este cuaderno. El alma se me cayó a los pies, pues sabía que contendría un poema; supongo que habrá estado trabajando en él en el granero. Está escrito con su esmerada letra, bastante bonita. El encabezado dice: «“Para la señorita Cassandra”, por Stephen Colly». Es un poema encantador... de Robert Herrick.

¿Qué voy a hacer con él? Padre dice que su deseo de autoexpresión es patético, pero yo creo que el principal deseo de Stephen solo es complacerme; él sabe que valoro la poesía. Debería decirle que sé que se limita a copiar los poemas —lleva haciéndolo todo el invierno, una vez por semana o así—, pero no me veo capaz de herirlo. Quizás cuando llegue la primavera pueda ir a dar un paseo con él y hacérselo saber con alguna palabra de aliento. Esta vez he salido al paso con mis habituales e hipócritas alabanzas, sonriendo con aprobación desde la otra punta de la cocina. Ahora está bombeando agua con cara de felicidad para llenar la cisterna.

El pozo se encuentra bajo el suelo de la cocina y lleva allí desde los primeros tiempos del castillo; hace seiscientos años que suministra agua y dicen que nunca se ha secado. Por supuesto, ha debido de contar con muchas bombas. La actual llegó cuando los victorianos pusieron el (supuesto) sistema de agua caliente.

Las interrupciones son constantes. Topaz me ha salpicado las piernas al llenar la tetera, y mi hermano Thomas acaba de regresar del colegio, situado en la ciudad más cercana, King's Crypt. Es un quinceañero robusto cuyo pelo crece tan tieso que cuesta hacerle la raya. Lo tiene del mismo color ratonero que el mío, aunque el mío es lacio.

Al llegar él, me he acordado de cuando yo volvía del colegio, día tras día, hasta hace pocos meses. De repente he revivido los dieciséis kilómetros en un pequeño tren traqueteante y luego los ocho en

bicicleta desde la estación de Scoatney: ¡cómo lo odiaba en invierno! Sin embargo, en cierto modo, me gustaría volver; para empezar, porque la hija del gerente de la sala de cine también iba y me colaba gratis algunas veces. Eso lo echo mucho de menos. Y también echo bastante de menos la propia escuela; sorprendía su nivel para tratarse de una ciudad de provincias tan pequeña y apacible. Yo tenía una beca, igual que Thomas ahora; somos brillantes dentro de lo tolerable.

En estos momentos, la lluvia golpea con fuerza contra la ventana. Mi vela hace que fuera parezca bastante oscuro. Ahora que la tetera tapa el orificio redondo del fogón, el fondo de la habitación está en penumbra. Las chicas se encuentran sentadas en el suelo, tostando pan a través de las rejillas. Cada una de las cabezas tiene un halo brillante allí donde la luz del fuego se les refleja en el pelo.

Stephen ha terminado de bombear y está alimentando la caldera: es una enorme de ladrillo, anticuada, que ayuda a mantener el calor en la cocina y nos proporciona agua caliente extra. Con ella encendida, además de la cocina, este es el lugar más cálido de la casa; por eso pasamos aquí tanto tiempo. Pero incluso en verano comemos aquí porque hace más de un año que se vendió el mobiliario del comedor.

¡Anda, pero si Topaz está poniendo huevos a hervir! Nadie me había dicho que las gallinas han respondido a nuestras oraciones. ¡Ay, qué maravilla de gallinas! Solo esperaba margarina con el té, y no acabo de acostumbrarme a ella como desearía. Gracias al cielo, no hay una forma más barata de pan que el pan.

Qué extraño es recordar que hubo un tiempo en que «té» significaba para nosotros una merienda ligera: pastelillos y pan fino con mantequilla en el salón. Ahora es una comida todo lo consistente que podamos arañar, pues tiene que servirnos de sustento hasta el desayuno. La tomamos cuando Thomas ha vuelto del colegio.

Stephen está encendiendo la lámpara. Dentro de un segundo, el fulgor rosado habrá desaparecido de la cocina. Pero su luz también posee cierta belleza.

La lámpara está encendida. Mientras Stephen la traía a la mesa, padre llegó por la escalera. Llevaba alrededor de los hombros su vieja manta de cuadros; había venido de la barbacana por el adarve de la muralla del castillo. Murmuró:

—Té, té. ¿Ha llegado ya la señorita Marcy con los libros de la biblioteca?

(No ha llegado).

Luego dijo que tenía las manos abotargadas; no quejándose, sino más bien con tono de leve sorpresa, aunque me cuesta creer que nadie que viva en el castillo en invierno se sorprenda de que cualquier parte del cuerpo se le entumezca. Y, mientras bajaba sacudiéndose la lluvia del pelo, sentí de pronto un gran cariño por él. Me temo que no es algo que me pase muy a menudo.

Sigue siendo un hombre de aspecto espléndido, aunque sus finos rasgos empiezan a perderse un poco entre la grasa y su color está desapareciendo. Solía ser tan radiante como el de Rose.

Ahora está charlando con Topaz. Por desgracia, noto que está con su falso buen humor, aunque creo que, en estos días, la pobre Topaz agradece hasta ese falso buen humor. Ella lo adora, pero a él parece interesarle muy poco.

Voy a tener que levantarme del escurrerplatos: Topaz quiere el cubreteteras y nuestra perra, Heloïse, ha descubierto al entrar que he tomado prestada su manta. Es una bull terrier, blanca como la nieve salvo donde la piel rosa claro asoma entre el pelo corto. Muy bien, mi querida Heloïse, aquí tienes tu manta. Me mira con amor, reproche, confianza y humor: ¿cómo puede expresar tanto con dos ojos rasgados y más bien pequeños?

Termino esta entrada sentada en las escaleras. Creo que merece la pena señalar que nunca me he sentido tan feliz en la vida, a pesar de la pena por padre, la lástima por Rose, la vergüenza por la poesía de Stephen y la falta de justificación para la esperanza en lo que a las perspectivas generales de nuestra familia se refiere.

Quizás sea porque he satisfecho mi ansia creativa, o puede que se deba a la idea de los huevos acompañando el té.